

# LA FE

A Mercedes Daus después de  
haber leído «El Renunciamiento» (1)

La escena representa un taller de escultor. Por tierra los fragmentos de un boceto que estuvo en un atril el cual solo conserva la base de la escultura hecha pedazos.

Personajes: *El Maestro*, hombre de cincuenta años. *El Discípulo*.

*La estancia empapada de silencio y de melancolía. El Maestro sentado, con la cabeza y los brazos caídos; en una mano un martillo apenas sostenido. La mirada profunda y desconsoladora quebrándose sobre los trozos del boceto. En su rostro una amargura de impotencia y en su interior... un hombre fuerte. El Discípulo de pie, con los brazos cruzados, inmóvil, con la vista en el suelo y abstraído por una hondísima preocupación. El Sol se va.*

EL MAESTRO.—(*En su primitiva actitud y dejando caer las palabras lentamente como si cada una de ellas le provocase un desgarramiento*). No podía ser...

(*Largo silencio*)

EL DISCÍPULO.—(*Sin desviarse aparentemente, de sus cavilaciones*), ¿Por qué?

EL MAESTRO.—(*Sin responder directamente*). Yo había concebido la belleza pero... ¡No podía ser...!

EL DISCÍPULO.—(*Enérgicamente, y encarando al Maestro*). ¿Por qué?

EL MAESTRO.—Se agotaron mis fuerzas. (*Se incorpora y mira con dolor al Discípulo*)

EL DISCÍPULO.—¿Por qué?

EL MAESTRO.—Porque mi esperanza es como el Sol en este instante: se vá...

(1) En el número anterior de «Verbum»

EL DISCIPULO.—¿ Por qué?

EL MAESTRO.— Porque la fe que en mí tenía es como el Sol en este instante: se ha ido...

*(El taller queda en la escasa luz de los rayos que van las sombras diluyendo poco a poco. Vuelve el silencio a imperar por un espacio).*

EL DISCIPULO.—¿ Y la fe puede irse de nosotros?

EL MAESTRO.— La fe en sí mismo es la savia de los hombres y tan sólo un amor puede dar esa savia. Amé a dos cosas en la vida: a una mujer, y me engañó; a la belleza... y me engañé. Y sin savia los árboles más robustos se doblan... Yo me he doblado...

EL DISCIPULO.—¿ Y por qué os engañasteis amando a la belleza?

EL MAESTRO.— Creí poder llegar a conquistarla, a poseerla; quise hacerla mi amada, mi única amada, la de todas las horas, la de todos los días, la de siempre... Es ella tan pura, tan leal, que de ser mía la mostrara, la diera a todo el mundo, así lograra hacerla de todos aunque siempre mía, siempre mi fiel amada.

La belleza, de entre el lodo terreno a donde llega en el fatal vaivén de lo mundano, surge pura como la imagen, en la mente nacida, de nuestra madre. La belleza pueden llevarla muchos en el alma, ella lleva tan solamente el alma de su amado; y si llega, algún día, a ser tu amada, recuerda mi consejo: déjala en manos de todos, sin celos ni sospechas, ella será eternamente tuya y nada más que tuya, no puede nunca traicionarte... Yo la esperé pero fué en vano: ¡ para mí nunca estuvo destinada!

EL DISCIPULO.— ¡ Cuánto dolor en vuestro acento! ¡ Cuánta amargura! ¡ Cuánta desesperanza en vuestro espíritu!

Y habéis dicho verdad: la belleza es un eterno amor, amor de todos los hombres, de todos los espacios, de todas las edades; es sentimiento natural que nació con nosotros pero, entre los que ansían satisfacerlo ¡ cuán pocos son los elegidos! ¡ Tienen que luchar tanto! ¿ Y cómo podré yo si vos no habéis podido? El Destino es igual para con todos...

EL MAESTRO.— *(Escéptico y lánguidamente primero, luego, poco a poco, con tono más convincente y hasta llegar a enardecerse).* No, tú no tienes por qué dudar, tú tienes que entregarte al trabajo y esperar... Puede ser que algún día ¿ por qué no? El Destino es igual para con todos... sí, pero todos no somos iguales para con

el Destino... Tú debes luchar, tú debes esperar, tú debes confiar en tí... Y trabaja, trabaja, siempre... hasta que llegue el triunfo. Y aún después. Si fracasas no importa: deshaz lo hecho y comienza de nuevo pero nunca abandones, nunca renuncies! Y triunfarás: ¡quíerelo!

EL DISCIPULO.—Os creo, tenéis razón... ¡Ah, pero entonces, vos! ¡Vos no lo habéis querido?...

*(El Discípulo calla y espera, en vano, una respuesta, una palabra de defensa. Las últimas luces han desaparecido. Todo es tinieblas).*

EL DISCIPULO.—*(Al cabo de un rato)*. Adiós.

EL MAESTRO.—*(Apagadamente)*. Adiós.

*(El Discípulo se va. El martillo se escapa de las manos del Maestro, y luego, el silencio más absoluto se apodera de todo. Inalterables, los minutos cumplen el mandato del Tiempo... y pasan. Horas después, el Sueño entra y despliega dulcemente sus alas en la estancia. De abajo de una de ellas escapa, inmaterial, la imagen de una estatua de belleza perfecta que fluctuando, queda frente a los párpados caídos del Maestro. Las horas también cumplen el mandato del Tiempo... y pasan. El Sol retorna y aparece echando a rodar a ras del suelo, una ola de rayos... El Sueño va plegando sus alas lentamente y desaparece cuando el oro de la luz besa en todos los puntos del taller. El Maestro abre los ojos y, de pie, contempla en el suelo los trozos del boceto).*

EL MAESTRO.—*(Murmurando su pensamiento)*. Nunca renuncies... y trabaja... Y triunfarás... *(Toma nueva arcilla y la coloca sobre el atril)*. . El Sol que se había ido ahora retorna..... *(Y sus manos tornaron a modelar el barro...)*.

*Jorge M. Piucentini*